Año I Barcelona 26 de Septiembre de 1892 Núm. 3.

LA GUASA

Sumario

DIBUJOS

Mignon (Bellas Artes), cuadro por Jorge Homs.—*¿Qué haceis de noche en la calle?*, por Cilla. —*En el campo de maniobras*, por Fradera. —*Contraste*, por Cilla.—*El reino animal*, por Gutiérrez.—*Diálogo*, por Cilla.

TEXTO

Sacar bien del mal, por Daniel Ortiz.—*El sueño de Manuel*, por Antonio Serra.—*El monólogo de un botijo*, por Alfonso Pérez Nieva.—*Recuerdos de Carnaval*, por Tio Camueso.—*La Cotorra*, por Narciso Gay Vieta.—*Sorpresa*, por Tirso de Mesgarumo.—*Gente menuda*, por N. G. V.—Infundios.—Correspondencia.—Anuncios.

10 céntimos

© Biblioteca Nacional de España

LA GUASA

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

REDACCION
Calle del Rosellón, número 80, piso 1.º, 2.ª pta.
GRACIA (BARCELONA)

ADMINISTRACION
Kiosko EL SOL de D. F. Gallardo, Rambla del Centro
BARCELONA

Toda la correspondencia se dirigirá al Sr. Director de LA GUASA, Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia [Barcelona]

El pundonor de un monstruo.

La cara de don Pepito no era cara, era un verdadero castigo. Tenía un ojo mayor que otro, y para más ignominia, de distintos colores como los suelen tener algunos perros.

Era chato, y una de las ventanas de la nariz lo era en efecto; la otra parecía un balcón, por lo grande. De modo que como ven nuestros lectores, tambien eran desiguales las narices de don Pepito.

Sus pómulos eran tan pronunciados que parecía que se le querían salir de la cara, y la boca tan grande, que nadie se atrevía á acercarse á ella por temor de desvanecerse y caer en aquel abismo.

Si la cara era así en cambio el cuerpo era más ridículo todavía. Tenía una joroba, pero no dónde la tienen los gibosos, sino tres palmos más abajo.

Las piernas le formaban dos parentesis, y su pié era muy pequeño... El izquierdo, porque el derecho parecía el de un aguador.

Los desperfectos de su físico estaban compensados con su alma que era angelical.

Vecinas de don Pepito eran las niñas de doña Apolonia, que hacían trabajos á la mano, para fuera. Chicas laboriosas, que no eran feas ni bonitas, flacas ni gordas, tontas ni listas. Se llamaban Eloisa, Enriqueta y Esmeralda.

Cuando don Pepito se mudó á la vecindad y le vieron por la escalera, creyeron morir de espanto. Por la noche tuvieron las niñas pesadilla, y doña Apolonia soñó con las caricaturas que solía en su tiempo dibujar Ortego.

A fuerza de ver á don Pepito por la escalera se acostumbraron á aquella cara. A todo se hace uno en este mundo menos á no comer.

Un día, don Pepito se atrevió á insinuar un saludo á doña Apolonia y á Esmeralda que bajaban. Ellas contestaron cortesmente. Desde entónces se saludaban siempre.

Por último se llegaron á tratar é intimaron.

He aquí cómo sucedió este feliz acontecimiento para don Pepito. Cierta noche, y sin saberse por qué causa, se le incendió un catre á doña Apolonia y se le llenó la casa de humo. Ella y las hijas comenzaron á gritar como tiernos cabritos sometidos al desuello; bajó don Pepito con un botijo lleno de agua, apagó el catre... y ya le tienen ustedes hecho un amigo de la familia.

Desde entonces bajaba todas las noches á pasar la velada con la mamá y las niñas.

Estas fueron poco á poco tomando confianza, y don Pepito arriba, don Pepito abajo, no le dejaban sosegar un momento.

Es verdad que nunca lo miraban cara á cara; se hubieran muerto.

Doña Apolonia era la que más abusaba del carácter angelical de su vecino. Le mandaba pelar patatas, le hacía ir á comprar azúcar, y poco faltó para que un día le hiciese fregar el piso.

Don Pepito se prestaba á todo, pero con su cuenta y razón. Aquel Cuasimodo se había enamorado de Esmeralda, lo mismo que el de Víctor Hugo.

Sus amores eran platónicos, y como no los podía explicar ni siquiera con aquellos ojos desiguales que tenía, nadie se había enterado. Eso sí, de vez en cuando daba cada suspiro que partía los corazones.

—¿Qué tiene usted, don Pepito?—le preguntaban.

—Nada—respondía el infeliz, y ponía los ojos en blanco, que era como los debía haber puesto siempre.

Un día se halló sólo con el objeto de sus amores.

—¡Esmeralda!—dijo.

—¿Qué?

—Nada.

—Pues el que nada no se ahoga.

—Es usted insensible.

—¿Pero porqué, don Pepito?

© Biblioteca Nacional de España

—Porque no me ve usted á mí.
—La verdad es que no le miro mucho.
—¿Le causo á usted hastío?
—Has... ¿qué?
—Tío.
—¿Y porqué me había usted de causar ese *as* que usted dice?
—Porque soy muy feo.
—Es la verdad; pero como yo no me he de casar con usted, lo mismo me da.
—¿Qué ha dicho usted, cruel?
Y don Pepito partió como loco de la habitación de Esmeralda, salió á las escaleras y dió de bruces con doña Apolonia.
—¿A dónde va usted?—le preguntó la curiosa vieja.
—¡Al extranjero!
Y así fué. Don Pepito herido en su amor propio tomó el tren para París.
Quince días después estaba contratado como fenómeno en un barracón de feria.
Andando el tiempo le tatuaron, vino á Barcelona, y se exhibió al lado de la mujer gorda y del gigante bejarano.
Esmeralda, casada con un capitán de caballería llamado Febo, le vió y exclamó dirigiéndose á su marido:
—¡Calla! Yo conozco ese fenómeno. Se llama don Pepito.
—¡Qué inmundo animalucho!—dijo el capitán.
Don Pepito cayó redondo para no levantarse más.

DANIEL ORTIZ.

A mi novia

Me dices, Adela, que te haga unos versos
que traten de arroyos, de brisas, de amor,
que sean muy largos y en metros diversos,
Mas ¡ay! si los cortos me salen perversos
los largos peor.

—

A muchos sujetos les he complacido
mandándoles versos escritos muy bien,
(con muy buena letra decir he querido,
tan buena que algunos de *adorno* han servido
¡qué honor! en un *cien*).

—

Pues estos sujetos de quienes te hablaba
leían mis versos con mucho interes,
después me aplaudían ¡y nadie pagaba!
excepto un muchacho que siempre me daba...
las gracias cortés.

—

¿Qué es esto indirecta? ¡Ca! Nó; te aseguro
que no es porque pagues mis versos. No hay tal!
¡Cobrarte mis versos! ¡Jamás! ¡te lo juro!
Mas... si es que tú quieres mandarme algún
¡no me vendrá mal! (duro...

—

Habrás comprendido muy bien, picaruela,
que es esto una broma, lo juro por Dios;
ya ves que esta broma mi genio revela
pero, oye... si tienes dos duros, Adela,
¡me mandas los dos!

—

Mas noto con pena, que en mis poësías,
no puedo hablar nunca de brisas y amor,
de arroyos y flores y cursilerías
que escriben los poetas, y son tonterías
de marca mayor.

—

En vano me dices que escriba esas cosas
de *arroyos* y *brisas*, pues no he de escribir.
Las aguas de arroyos son turbias, verdosas
y no transparentes, tranquilas y hermosas
como oyes decir.

—

La brisa y el aura que tanto han nombrado
ni es aura ni es brisa, que es aire no más,
y aire que en estío me deja abrasado...
¡Celosa Adelita! ¡Si no es *abrazado*!
¡lee bien y verás!

—

En fin, que no escribo nombrando á la fuente,
ni al aura, ni al río, ni al fiel ruiseñor.
Yo sé que te gustan los versos siguientes
que son muy bonitos y muy inocentes...
¡sin ser yo el autor!

—

«Volad golondrinas del valle tesoro,
»mis tiernos cantares á Adela llevad,
»decid á la ingrata que siempre la adoro
»y en blando murmullo, festivo, sonoro,
»su sueño arrullad.

—

»Dicidla que siempre por ella respiro
»que eterna su imagen grabada está en mí
»y luego, auras leves, si allá en su retiro
»exhala del alma profundo suspiro
»traedlo hasta aquí.

—

»Mas ¡ay! que en el *ai*-re voláis sin dolores
»y en vez de moveros mi amargo pesar,
»seguís *dulcemente* vagando *entre* flores,
»que de *ella* tan solo los castos amores
»os place escuchar.»

—

Qué hermoso! qué hermoso! ¿verdad, prenda
¡qué genio que debe de ser el autor! (mía!
¡qué versos más tiernos! ¡qué dulce poesía!
¿pues sabes qué es eso? Una tontería
de marca mayor.

—

A *tí* eso te gusta y á *mí* me da risa;
mas ya que esas cosas te gustan á tí
le compras al *mónstruo* sus *Cantos á Elisa*
(que escritos debieron de estar muy aprisa
porque... ¡hay rípio allí!...)

—

Y basta de versos. Adios, prenda amada,
ya sabes mi medo de versificar.
Te ruego no juzgues la broma pesada,

© Biblioteca Nacional de España

DE REGRESO, *por Cilla.*

—Conque... dejaste al vizconde en San Sebastián una noche en que perdió dos mil duros al ~~b~~*accarat*...,.

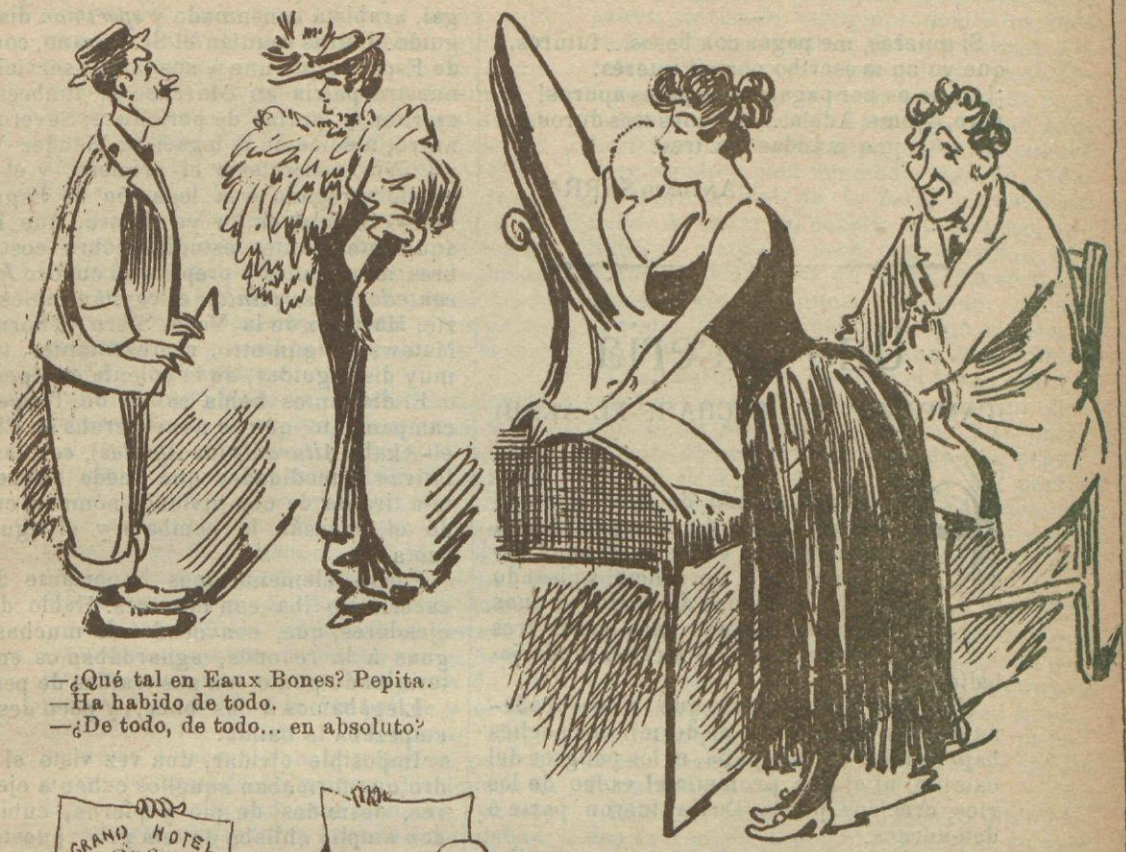
—Exacto.

—Dime ¿y la cuenta del Hotel?...

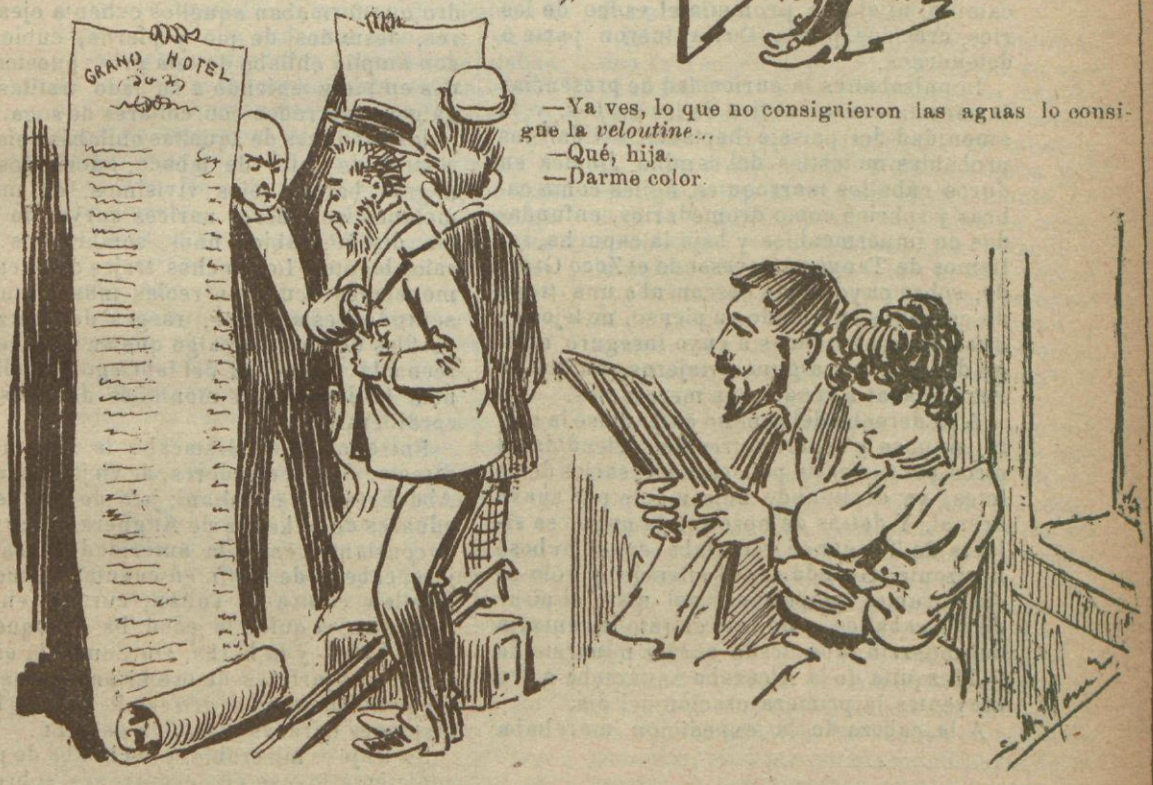
—Buena, gracias.

© Biblioteca Nacional de España

DESPUÉS DEL VERANEO, *por M. González.*



—¿Qué tal en Eaux Bones? Pepita.
—Ha habido de todo.
—¿De todo, de todo... en absoluto?



—Ya ves, lo que no consiguieron las aguas lo consigue la *veloutine*...
—Qué, hija.
—Darme color.

Claro, en la cuenta se vé
que aquí se *parle fransé*

—Aquí leo que la gente vuelve ya del Norte.
—Ya podremos, pues, asomarnos á la ventana sin cuidado.

© Biblioteca Nacional de España

¡la broma del duro! pues sabes que nada
te quiero cobrar.

—

Si quieres, me pagas con besos... futuros,
que yo no te escribo por vil interés.
¡Lo que es por pagarme no pases apuros!
pero, óyeme, Adela..., si tienes tres duros...
¡me mandas los tres!

ANTONIO SERRA.

Una cacería

(CAMPAMENTO DE CHARF-EL-AKAB)

En la madrugada de ayer, cuando apenas la luz del alba alumbraba las tortuosas calles de Tánger, bajo una lluvia torrencial y pisando fango, salíamos de la ciudad unos cuantos amigos para pasar tres diasen Charf-el-Akab cazando jabalíes.

Ni el terrible temporal que se desencadenaba, ni la expectativa de dormir dos noches bajo tiendas de campaña, ni los peligros del camino, ni el que prometía el vadeo de los ríos, crecidos por la lluvia, fueron parte á detenernos.

Impulsábanos la curiosidad de presenciar la cacería característica de los árabes, y la amenidad del paisaje hacianos olvidar las probables molestias del camino. Jinetes en duros caballos marroquíes, ágiles como cabras y sobrios como dromedarios, enfundados en impermeables y bajo la capucha, salíamos de Tánger atravesando el Zoco Grande, sobre cuyo fango descansaba una tropa de camellos rumiando su pienso, no lejos de unas cuantas tiendas á cuyo inseguro abrigo dormitaban algunos viajeros venidos de Fez ó Rabat á vender sus mercancías.

A la derecha del camino extendíase la costa, sinuosa y áspera á trechos, defendida en otros por sartes de peñascos y rosarios de islotes, ya declinando dulcemente por suave arenal. Y detrás de nosotros la angulosa silueta de Tánger se recortaba en el nuboso horizonte. Grande era el silencio, y sólo se oía el rumor tempestuoso del mar, el pisar de los caballos, y de rato en rato la canturía del muezzín, que desde el alto minarete de la Mezquita de la Alcazaba anunciaba á los creyentes la primera oración del día.

A la cabeza de la expedición marchaba el más intrépido cazador del Imperio D. Emilio Rey, intérprete de la legación de Portugal, arabista consumado y *sportman* distinguido. Detrás seguían el Sr. Lozano, cónsul de España, que une á sus largos servicios á nuestra patria en Marruecos, timbres de escritor y glorias de periodista; Severo Cenarro, médico de la legación; Méndez Vigo y Piñeiro, secretario el primero, y el segundo agregado á la legación de España; Mateo Silvela, pintor ya ilustre, que hace aquí interesantes estudios sobre costumbres marroquíes y prepara su cuadro *El encantador de serpientes*; el capitán inglés Pirie, Martinez de la Vega, Stern, Thornton, Matews y algún otro, representantes, todos muy distinguidos, de la colonia europea.

El día antes había salido de Tánger el campamento, que ya nos esperaba en Charf-el-Akab (*Altura de las Aguilas*), con las relativas comodidades que puede ofrecer la tela tirante de una vivienda nómada, cuando el huracán la combate y el agua la azota.

Pero el elemento más importante de la cacería no iba con nosotros. Hablo de los ojeadores, que, convocados de muchas leguas á la redonda, aguardábamos en determinado punto con sus traillas de perros.

Llegábamos á las once, y poco después empezaba la batida.

Imposible olvidar, una vez visto el cuadro que formaban aquellos ochenta ojeadores, desnudos de pie y pierna, cubiertos con amplia chilaba de tela gris, puestos todos en pie y teniendo á su lado traíllas de galgos amarrados con collares de soga. Bajo las capuchas de aquellas chilabas veíanse rostros de color de tabaco, adornados de negras barbas, ojos vivísimos, de mirar melancólico ó fiero, narices curvas de noble diseño, labios finos, sombreados por ralos bigotes. Los anchos trajes de pliegues monacales acusaban recias musculaturas, actitudes estatuarias, rasgos de fuerza y perfiles de agilidad; algo que en nada se parece á la tosquedad del labriego castellano ni á la tiesura del montañés de nuestras cordilleras.

Entre todos se destacaba la silueta del director de los ojeadores, el viejo Elhache-Abd-Erraman el Jalfani, jefe de uno de los aduares de la kabila de Anghera, insurrecto constante contra la autoridad de los bajáes, cabeza de motín en cuantas revueltas estallan contra el sultán, curtido en los combates, á quien la edad ha blanqueado los cabellos y la barba, sin domar la energía de sus jarretes de oso ni amortiguar el fuego de sus ojazos grises, llenos de irradiaciones doradas como los del león.

Su traje es miserable, y la chilaba de paño ceniciento le cae en desgarrones sobre las atléticas piernas. Lleva en el siniestro lado una gumía larga y corva, y á la derecha la

(1) Del precioso libro *Viajes de un cronista*, por don José Ortega Munilla, ilustrado por A. Pons y editado por D. Manuel Fernández y Lasanta, en Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

cartera de cuero, que es indispensable adorno del marroquí. Apóyase en un palo que simila la forma de un sable, aguzado por un extremo, y tira de la tomiza á que van atadas tres galgas de patas finísimas y oreja inquieta. Una de éstas incansables perseguidoras del jabalí se llama *Gesal* (la Gacela), y las otras *Jenah* (el Ala) y *Jachata* (la Viuda). Mientras la batida se prepara, Elhache-Abd-Erraman entretiene á un grupo de ojeadores contándoles cuentos que Emilio Rey nos traduce y que nada tienen que ver con los cuentos árabes de Galand, sino que más bien respondan á un espíritu epigramático y zumbón, envuelto en la forma vaga del apólogo.

Aun cuando la lluvia no cesa, después de devorar ligero almuerzo, montamos á caballo y nos colocamos en el sitio conveniente, mientras los moros, dando un largo rodeo, toman la altura del monte y comienza el ojeo. Aquella tribu desparramada por el monte grita y suena sus bocinas, disparando sus espingardas para ahuyentar al jabalí y echarle en dirección de los jinetes.

Las fragosidades del terreno, cubierto de lentiscos, palmeras enanas y pitas, se llenan de ecos que repiten los gritos de los moros, los aullidos de los perros y el estampido de los disparos. Todos estos ruidos se alejan á veces y van borrándose poco á poco, conforme los ojeadores descienden á algún bajo de la ondeante montaña, ya resuenan ensordecedores cuando las chilabas de la tropa cazadora se destacan en lo alto de la loma, que parece animarse con el ir y venir de los perros y el humo de los fogonazos, visto antes de que la detonación hiera el oido. No hay cuadro que produzca más viva emoción, ni que más parecido tenga con la guerra, que este despliegue de moros por llano y monte, este estruendo de fusilería, este resonar de bocinas y cornetas *Ah ja li judi!* gritan los ojeadores, expresando su odio á los judíos. *¡Jann lilu!* vociferan cuando el jabalí salta de un escondite de lentiscos. Y á los gritos que expresan una idea, siguen los alaridos y las voces inarticuladas, monosilábicas, roncas, sonorosas. Más que hombres que gritan, parecen fieras que aullan persiguiéndose y anunciando una lucha espantosa y cruel.

Ya salió el jabalí del monte, y avanza por el llano encharcado, á cuyo final esperan los jinetes, firmes sobre sus estribos, con la lanza apercibida y las riendas tirantes sobre el cuello de los caballos, que anhelan galopar. Cuando la bestia montaraz llega á los cazadores, perseguida de los galgos, la escena reviste proporciones de la leyenda que narra los combates primitivos entre los hombres y las fieras. El jabalí se detiene para embestir á los perros, y con su agudo colmillo los hace salir volando por los aires. Erizado el áspero pelo, húmedo el hocico, por el que lanza resoplidos de espanto; moviendo vertiginosamente los ojos en las órbitas hirsutas, tiesas las orejas y la cola, ya corre con veloz galope, ya se detiene de nuevo para hacer frente á sus enemigos. Los jinetes le acosan y rodean para herirle con la lanza, cuyo hierro, no por ser muy agudo y bien templado, deja de resbalar sobre la piel de la fiera, sin causarle daño. Al saltar mi caballo un lentisco, me hallo de manos á boca con el jabalí, que acaba de destripar á un perro. No sé si fué que el iracundo animal, huyendo, tropezó con una lanza que habían puesto en mi mano, ó si que yo, por cumplir mi compromiso de cazador bisoño, alargué el brazo sobre el lomo del bicho; ello fué que sentí un choque, oí un resoplido pavoroso, y ví pasar delante de mí, en rapidísimo desfile, el grupo aquel del jabalí perseguido y los perros perseguidores. Los jinetes, poseídos del frenesí de la caza, iban tras el monstruo, que no era ni más ni menos que un temible solitario.

Los moros de á pie le seguían, saltando los palmitos y sorteando las embestidas por entre los árboles. Hubo un momento en que todos se reunieron. Diez lanzas penetraron en la carne del jabalí; treinta perros hincaron sus colmillos en la dura piel, y un hachazo descargado por firme puño partió en dos el cráneo del solitario.

El Sultán ha otorgado al cuerpo diplomático de Tánger el derecho de cazar en este territorio, en el que abundan los jabalíes como los conejos en los cotos del Escorial. Veíamosles huir en bandadas de cinco y saltando y esquivando á los cazadores y á los perros en la fragosidad del monte. La caza resultaba animadísima, llena de vivas emociones y de interesantes episodios. Mientras corremos á ocupar el sitio de una nueva batida, nos refieren que no está exenta de peligros la persecución del jabalí, y nos cuentan como hace años, en Johuara, fué gravemente herido por un solitario el ministro inglés sir John Droumoud.

Cuando el día acababa, nos acogimos á las tiendas, que con tanto llover, más que defendernos del agua, nos tuvieron en remojo durante la noche. Caladas las telas, mojadas las camas, chorreando nuestras ropas, aquello solo podía constituir diversión para los aspirantes al reuma y al paludismo.

Sin embargo, esperábamos impacientes el nuevo día para reanudar la campaña, y entretanto, ya que no podíamos dormir, pedíamos noticia de cómo se organizaba una expedición á que concurren moros de tan lejanos aduares. No acuden en busca de ganancia, sino por satisfacer su gusto de la cacería. A pie recorren tres ó cuatro leguas, sin más abrigo que la vieja chilada, y conduciendo sus perros. Duermen al raso, bajo la lluvia torrencial, y su alimento no

© Biblioteca Nacional de España

AGAR

© Biblioteca Nacional de España

puede ser más sobrio: un pedazo de pan negro y un puñado de higos. Si la prodigalidad del cazador une á este «menú» un cazuelón de alcuzcuz, entonces el regodeo llega á lo inverosímil, y las delicias del Capua resucitan en plena Africa para aquella tribu acostumbrada á las mayores privaciones. Cuidan sus galgos con esmero, y los alimentan aún á costa del hambre propia. Cuando el jabalí hiere á uno de sus perros, después de tomar venganza, curan las heridas del animalejo y le acarician con amor y orgullo. Pueblo que así vive, debe ser en la guerra formidable: ante tamañas energías y tales cualidades, máquinas de guerra, Krupp y Molke, resultan pequeños y débiles. La silueta del soldado español entrando en Tetuán, resplandece en nimbo de gloria.

Después de tres días pasados en el campamento de Charf-el-Akab, regresamos á Tánger por la playa de Arzila. El mar tronaba con espantoso ruido. Las olas, grandes como montañas, caían en la arena con fragor. El extenso arenal, liso y reluciente como inmensa lámina de oro, ofrecía singular contraste con la agitación del agua, cárdena y espumosa.

A lo lejos, un pobre *steamer* luchaba con la tormenta, y á través de la cortina cristalina de la lluvia veíamosle hundir su proa en el abismo y alzarse sobre la cresta de una ola, chorreando agua por escobenes y portalón. La noche le ocultó á nuestra vista. ¡Quién sabe si sería uno de los que han perecido en las terribles tormentas de estos días!

La oscuridad, la lluvia y el huracán nos acompañan hasta Tánger.

José ORTEGA MUNILLA.

¡Ay, qué dientes!

(A quien yo sé).

Yo he visto cutis níveos y tersos,
ojos he visto que, por mirar,
á hombres muy cuerdos han vuelto locos
¡locos de atar!

—

Yo he visto talles tan retrecheros
y tan ceñidos, que yo creí
que se partían... y al estrecharlos
no los partí.

—

Yo he visto boca tan encendida
que una áscua ardiendo se me antojó...
yo he visto manos blancas pequeñas
...y qué sé yo.

—

Yo he contemplado piés diminutos
que era imposible poder calzar...
¡Sí he visto cosas que un tomo en *fólio*
pueden llenar!

—

Lo que no he visto yo es una boca,
que de la tuya pudiese ser
digna pareja. Y esto que he visto
cuánto hay que ver.

—

No he visto nunca dientes más bellos:
menudas perlas que guardó el mar
para tu boca de miel y rosas
engalanar.

—

No hay otros dientes como los tuyos.
Es imposible... No puede ser...
¡Ningún dentista por ocho duros
los vuelve á hacer!

Tío CAMUESO.

El mazo de brevas

Allá, pasado el río, en una apartada calleja del barrio de Triana, vivía Carmela, la más graciosa morena de cuantas han visto el sol de Andalucía.

Con mi protagonista vivían su madre y su hermanita que contaría diecisiete años, la cual no quedaba rezagada en gracia ni hermosura; viviendo la familia de lo que ganaban ambas jóvenes remendando capotes de brega.

Este trabajo hacía que necesariamente los chicas tuvieran que alternar con gente de coleta, y en particular Carmela, que, por ser la mayor, era la que llevaba la marcha del negocio.

Por aquella época estaba haciendo furor en Sevilla un matador de toros que, de oscuro novillero, habíase convertido en espada de cartel. A sus dotes naturales, como eran belleza varonil y una figura arrogante, unía, el diestro, gran maestría y valor, de modo que pronto fué *l' enfant gaté* del público.

Explicar cómo nació la pasión que Carmela sentía por el diestro sería tarea, más que difícil, imposible. Bástele al lector saber que la tal pasión existía y que era la que la sentía una hembra andaluza de esas que por corazón tienen un volcán, y por ojos dos focos luminosos sólo comparables á la más potente lámpara de arco voltáico.

***

El día era espléndido, de primavera, con un hermoso sol cuyos rayos matizaban los

© Biblioteca Nacional de España

objetos con los distintos colores del arco iris; la brisa que juguetona besaba el Guadalquivir, era templada y aromática, llevando entre sus átomos los mil perfumes de aquellas flores que á ambos lados del río iban creciendo.

Además de esto, además de las galas con que aquel día se había ataviado la naturaleza, los coches con sus briosos troncos, los hábiles ginetes montando potros de la tierra, las mujeres luciendo sus mantillas blancas, y prendidas en las sedosas crenchas, vistosas y olorosísimas flores, todo contribuia á la alegria, al regocijo, al mayor esplendor con que se verificaria la corrida.

La gente de á pié, tras mil empujones, fuose desparramando por la plaza. Los coches dieron la última vuelta por «Las Delicias» y sus encopetados dueños ocuparon los palcos...

En un tendido de sombra, muy cerca á la puerta del arrastre, podíase ver á la preciosa Carmela acompañada de su hermana. Ella también había querido presenciar el triunfo del nuevo espada, y para obsequiarle después de alguna estocada maestra, hasta los gavilanes, guardaba junto al palpitante seno, como para comunicarle parte de su calor y de su vida, un mazo de delicadas brevas, que había consumido el producto todo del trabajo de aquella semana.

***

Los tres primeros toros, apesar de pertenecer á la ganadería del *Duque*, resultaron bueyes. Al tercero tuvieron que foguearlo. Pero llegó el cuarto y la corrida presentó otro aspecto. Los tumbos de los picadores aumentaron, hiciéronse preciosos quites y oyéronse las primeras palmadas de la tarde.

Al poco rato estaba la plaza convertida en un campo de Agramante; pero sin rey Sobrino, porque el único dueño del terreno era el animal.

El *Moreno* veíase impotente para dominar el tumulto de la plaza.

Los picadores se hallaban desmontados ó en la enfermería, los peones habíanse refugiado en el callejón como vulgares guindillas, y la fiera, el hocico y las astas chorreando sangre, miraba aquéllo con desprecio, tal como corrospondía á su papel de héroe.

Entre la fiera y la arena partieron los tres pares de rehiletes que marca la *ley*. Acercose luego el *Moreno*, desplegó el trapo y empezó con él á hacer primores...

Mi gitana estaba de tal modo entusiasmada con la faena del diestro, que sus ojos centelleaban, murmurando sus labios saladísimos *timos* de la tierra.

De pronto, cuando el *Moreno* hubo arreglado la cabeza al animal, paró los pies, lió el engaño y citó para recibir.

Aquello fué el delirio. El matador quedó fijo en su sitio como sujeto por misteriosa fuerza y el toro salió de la suerte llevando clavado en el morrillo el bien dirigido estoque que le hizo *doblar*, allí, cuasi á los pies de Carmela.

Multitud de pañuelos se agitaron pidiendo la oreja como premio á tan soberbia estocada, y entónces Carmela creyó llegado el momento de obsequiar á su adorado.

Terció el mantón de Manila que lucía, apretó por última vez aquellos puros contra su pecho, y lanzó el paquete á la plaza.

Cayó el mazo junto á los pies del matador... Recogiólos éste del suelo, mandó una sonrisa al *tendido*, no á la preciosa niña que acababa de obsequiarle: y al poco rato aquellos bonitos ojos de Carmela, que con tanto interés habían seguido las peripecias de la lidia, vertían silenciosas y gruesas lágrimas.

El *Moreno* acababa de entregar el mazo de brevas al chulo que guardaba los estoques.

Y aquel tabaco, que creía la niña había de confundirse en la boca de su amado con besos y palabras de amor, se consumiría en otra boca, alternado con copas de aguardiente, blasfemias y chascarrillos de cuadra.

NARCISO GAY VIETA.

Chirigotas

Jamás he visto en tus ojos
una lágrima suspensa;
todas, ó se escurren pronto,
ó... para luego se quedan...
¿Será, niña, que llorando
alguien te ha llamado fea?

—

Amor, penas, ilusiones,
poesía, fé, inocencia,
sueños, pesares, congojas...
todo son palabras sueltas.

JOSÉ BURGAS.

De regreso

I

La casa de la familia Lepras parece un cerebro exaltado. Todo es confusión, todo ruido.

Don Bruno, propietario de la fábrica de correas «El alivio de la Industria», no transije, apesar de las súplicas de sus *súbditos*, en permanecer ni un día más en Aguaturbia de Abajo, sitio elegido por su esposa

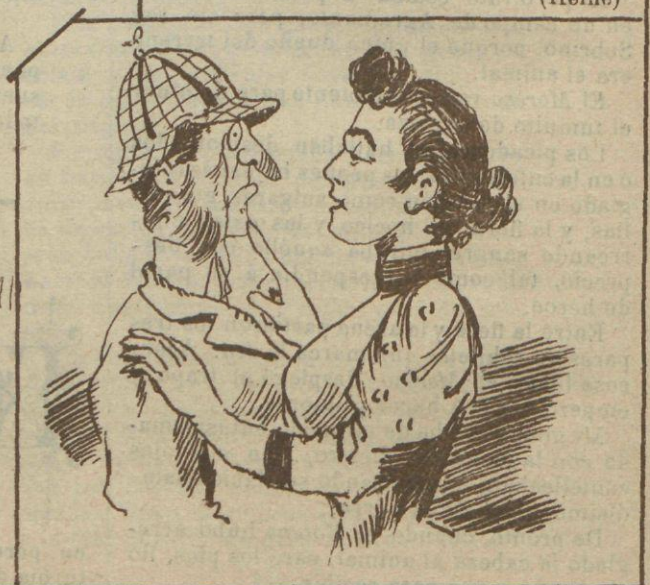
© Biblioteca Nacional de España

FRAGMENTOS, *por Fradera.*

¡Bella música á fé! ¡cual corresponde
su acento á mi pasión!...
Esto lo oí con ella no sé donde...
¡Siempre ella, corazón!

Canta con melancólica alegría
tristes goces, pesares halagüeños
y es tan dulce su voz, que al alma mía,
vuelve otra vez los olvidados sueños.
(Heine)

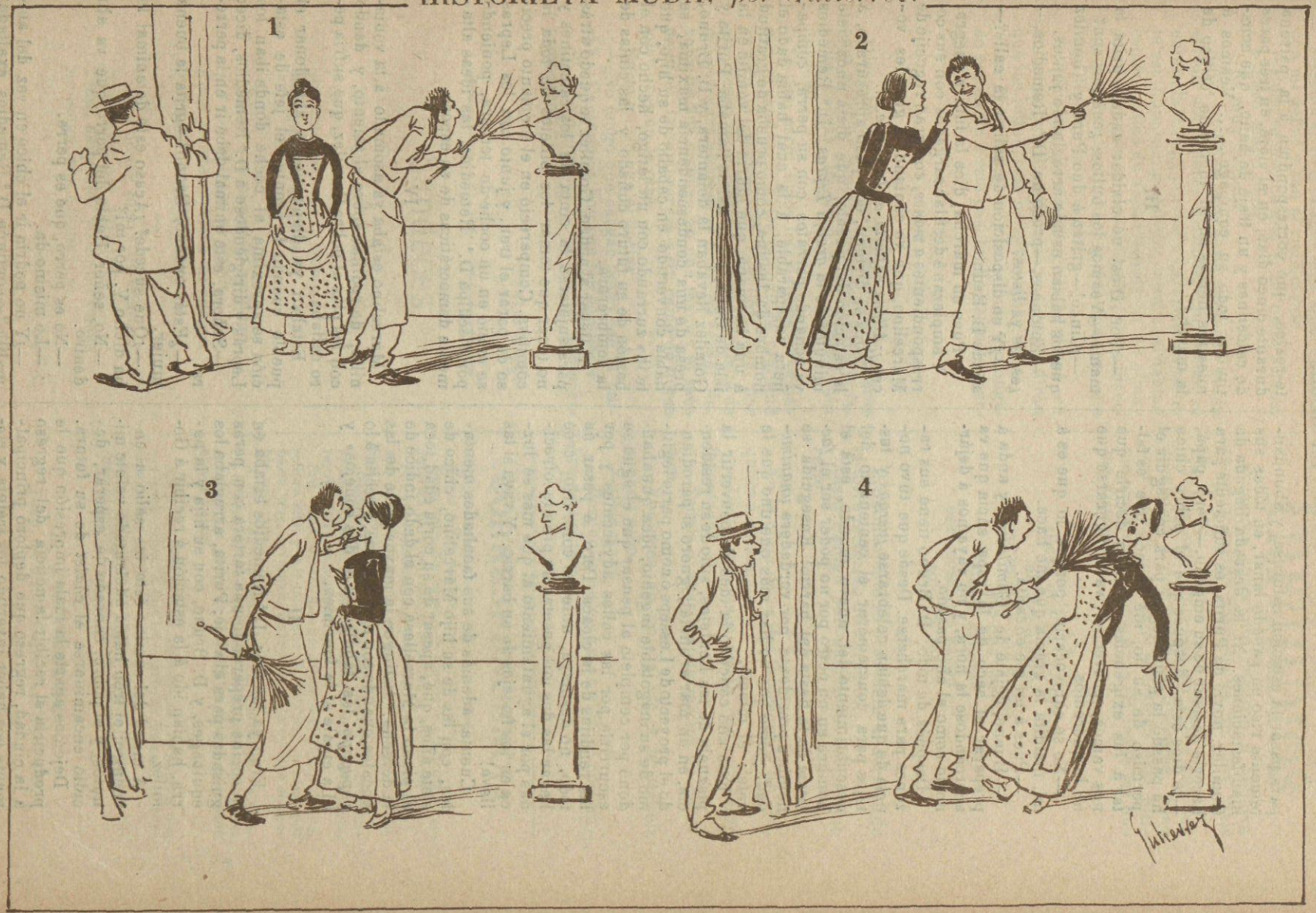
¿Qué te has hecho, mi tesoro,
que perdido busco y lloro?
¿dónde estáis, florines de oro?



¡Que no entiendo el castellano
tu me dices! Te repito
que la que pide dinero
es como si hablara en chino.

© Biblioteca Nacional de España

HISTORIETA MUDA, *por Gutiérrez.*



© Biblioteca Nacional de España

para pasar la estación calurosa, y abundantemente rico en ganado lanar, en todas sus manifestaciones. Ni la deseada llegada de Gomilez, novio de Purita, es suficiente para hacerle desistir de su empeño.—Pero, papá, —le dice ésta—después que el pobre chico ha pasado la pena negra para conseguir el permiso de su tio, me parece que es faltar á las exigencias sociales decirle que nos vamos, ¡pobrecito!, va á figurarse que no le queremos.

—No se equivocaría, porque lo que es á mí, maldita la gracia que me hace.

—Pues á mí me encanta.

—Bueno; déjate de «*Gomileces*» y anda á preparar el saco de la ropa súcia que va acercándose la hora, y no vayamos á dejárnoslo como el año pasado.

Después de todo, D. Bruno tiene sus razones para marcharse. Desde que tuvo noticia de que debian celebrarse *juergas* y festejos para conmemorar el centenario del descubrimiento del nuevo mundo, está el hombre en un potro por no poder ser el *factotum* de la fiesta del barrio! Enseguida se nombra presidente por verdadera *unanimidad;* ¡cómo que no hay más que uno que le vote!: él mismo.

Este año concibió la idea de convertir la plazuela de las Lentejas, sitio de su residencia, en un mar artificial; ignoro si parodiando el proyecto de Lesseps ó como parto legítimo de su inagotable ingenio, idea que abandonó por completo al pensar que el agua se escurriría por las calles adyacentes y por las rendijas de la cloaca. Pero, á pesar de todo, no desmaya, antes al contrario, cree llevar las dos mil pesetas de premio ofrecidas por el ayuntamiento al que más se luzca en los festejos de su barrio. ¡Y vaya si las lleva!

Cuenta, además de sus facultades mentales, con las de su hijo Marcelino, chico de siete años, que, apesar de su corta edad, toca al piano la Marsellesa con el dedo índice de la derecha, distingue la mayor parte de las vocales, cuando son mayúsculas, y recita á lo *papagayo* las fábulas «Los dos conejos» y «La cigale et la fourmie».

II

Eran ya las diez. D.ª Remedios estaba en la cocina preparando una tartera con peras guisadas para el viaje; Purita, arreglaba los equipages, y D. Bruno, con su hija y la perra, habían ido á la estación á recibir á Gomilez.

A mitad del camino éste les salió al encnentro: el tren había adelantado veinte minutos, y el pobre, cansado de esperar, decidió encaminarse al *chalet* de su futura.

Dejemos aparte la mala impresión que le produciría el recibir la noticia del regreso á la ciudad, regreso que deploró principalmente por haber invertido los treinta y siete reales, que correspondían á la patrona durante cinco días, en el viaje, en tres pares de calcetines y un traje de baño, que constituían todo su equipage..... Veamos á nuestros héroes en el momento crítico de la marcha.

III

—¡Por Dios! no olvidar nada,—grita la mamá.—Veamos los bultos; ¿cuántos son?

—¡Cinco!—gritan á duo Pura y Gomilez que los habían estado arreglando juntos.

—Entónces,—prosigue D.ª Remedios,—¿estáis ya listos?

—¿Y en disposición de salir á la calle?—añade D. Bruno.

—Pues en marcha, dice la futura suegra.

Y empiezan á desfilar cargados con sus correspondientes *a manos*, con gran regocijo de Marcelino, que va cantando á grandes voces *¡¡Allons enfants de la patrie...!!*

Todos se dirigen, con paso apresurado, á la estación del pueblo, que dista unos siete minutos de la *granja Lepras*. D.ª Remedios va echando párrafos con su perra, compañera inseparable, á la cual había dado el nombre de Justina, como prueba de gratitud á una hermana, que murió del vómito en la isla de Cuba, y que así se llamaba; Purita y Gomilez llevaban la delantera, y D. Bruno, presa de una condescendencia máxima, se había convertido en caballo de su hijo, que le iba zurrando con un látigo, hecho con el bastón de su futuro cuñado y las cintas de la sombrerera.

Al llegar al andén, Gomilez se quedó atrás para sujetarse la cinta de los calcetines y no tener que tomar los billetes de toda la comitiva. Compareció en el momento preciso de parar el tren, y junto con los Lepras se metió en un coche de tercera, poniendo por disculpa D.ª Remedios, las ideas altamente democráticas de su esposo.

IV

Marcelino estaba ya asomado á la ventanilla, de rodillas sobre el asiento, y dando con los pies al pobre Gomilez, que sufría pero callaba.

Estaban ya dispuestos á abandonar el pueblo cuando de pronto, el jefe de estación se aproxima al coche donde iban los Lepras y dirigiéndose á D.ª Remedios, dice:

—Señora, este animal debe ir en la perrera.

—¿Estás oyendo, Bruno?—grita la buena mujer.

—¿Qué sucede? ¿Acaso esto de animal lo ha dicho V. por mí?

—No, señor. Hablo del perro que va ahí dentro.

—No es perro, que es perra.

—Lo mismo da.

—¿Y no podría ir el chico en vez del animalillo?—continúa D.ª Remedios exaltada·

© Biblioteca Nacional de España

—Señora, yo no hago más que cumplir con mi deber y con el reglamento.

—Pues se conoce que V. no tiene perros.

—Pero tengo hijos.

—Es muy distinto.

Aquí, Gomilez, que hasta entónces había estado sumamente distraido con Purita, se entera del caso, y previas explicaciones resulta ser íntimo amigo del jefe, con el cual habían estado juntos de dependientes en un almacén de bragueros mecánicos y polvos insecticidas; éste le reconoce y transige en que vaya Justina en el vagón.

—¡Gracias, *hijo mío!*—grita la mamá en un arranque de expansión.—Luego dirán que las influencias no sirven para nada.

Por fin la campana y un silbido prolongado ponen fin á este pasillo. Ya están en marcha.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Después de mil incidentes de poco interés para el lectór, aunque de mucho para la familia Lepras, llegaron á su destino, sin novedad.

El tren paró; todos los viajeros invadieron el andén, y entre la confusa multitud se veía al desgraciado Gomilez, que, por un exceso de galantería y una gran falta de dinero, para ahorrar el mozo de cordel, llevaba las dos maletas en una mano y el saco de idem, la sombrerera y un ramo de flores silvestres en la otra.

Porque... lo que él decía:

—¿No tengo que cargar luego con la chica?... Carguemos hoy con los equipajes.

¡Y ¡qué demonio!... Así se va uno acostumbrando.

JULIO GAY.

Sandeces

Si tus dientes fuesen perlas
y tu boquita coral...
que más querría tu novio
para poderlo empeñar.

—

Dicen que el cariño es fuego
que con el trato se aviva...
Pues yo, bien trato á mi suegra
¡y la ódio más cada día!

—

Que tienen fuego tus labios
hay quién por ahí asegura...
Pues, chiquilla, yo en mi rostro
no tengo una quemadura.

EMETERIO LUNA.

INFUNDIOS

Nuestros concejales llegaron á Génova sanos y salvos después de un feliz viaje (A. D. G.)

Tengo entendido que en pocos días han aprendido á decir, sin equivocarse, *bona sera* y *dolce far niente*; sobretodo esto último que les tiene ocupadas (?) todas las horas *disponibles*.

***

Dicen que ha pocos dias,
en Inglaterra,
dióse muerte una dama
... por una perra!
Vaya, señores,
esas cosas las hacen
solo los lores.

***

Próximamente se procederá al derribo de la torre *inclinada* de Zaragoza.

Justo castigo por apartarse del camino *recto*.

***

En la plaza de la Paz le pregunta un chiquillo á su abuelo.

—Dime, ¿qué hace Colón con este brazo levantado?

—Señala á nuestros hermanos de América.

—Entónces no habría ido á la escuela cuando niño.

—¿Por qué?

—Porque le hubieran quitado la costumbre de señalar.

CORRESPONDENCIA

A. S.—*Valencia.*—Mil gracias por todo.

Mayet.—Van dos. Le agradezco su envio.

Ravachol.—*Barcelona.*—Si manda V. la firma y me autoriza para corregir el artículo, lo publicaré.

Peneque.—Estimando, prenda; pero *los sábios* somos así...nos creemos con derecho á corregirlo todo. Siga mandando.

¿Puede ir eso?.—Si manda algo más cortito procuraré complacerle. Lo de hoy, aunque bien versificado, resulta extremadamente largo.

Sra. Dña. J. O. A.—*Barcelona.*—Flojillo... flojillo, señora mía; y además pone V. *herrores* y *vasta* por basta, que, la verdad, no le sentaría muy bien al pueblo soberano.

R. D.—*Valencia.*—Mande V. lo que guste. Insertaría la *carta abierta*, que es lo mejor, sino se pareciese mucho á una poesía de D. Valentín Mouro publicada en «La Saeta».

—

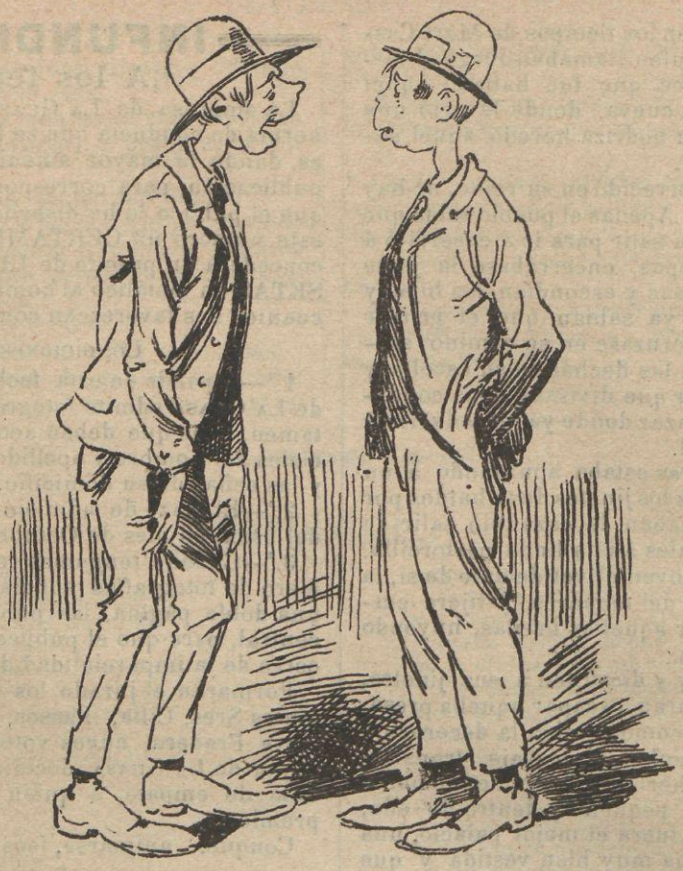
Nota: Advertimos á los señores que nos honran con sus composiciones, que las cuartillas deben ir escritas en una sola carilla.

Otra: Por exceso de original, hemos tenido que retirar la página de anuncios ya compuesta.

BARCELONA
Imp. de P. Ortega, Aribau, 13.

© Biblioteca Nacional de España

DIÁLOGO, *por Cilla.*



Dime quién crees tú que se lleva las dos mil pesetas de premio en las fiestas del Centenario.
—Yo, si las veo á mi alcance.

LA GUASA

PERIODICO FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

en el que colaboran

NUESTROS MEJORES ESCRITORES

Y DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA		EXTRANJERO		ULTRAMAR	
Tres meses. .	1'00 pta.	Tres meses. .	1'50 pts.	Tres meses. .	2'00 ptas
Seis » . .	1'75 »	Seis » . .	2'75 »	Seis » . .	3'50 »
Un año. . . .	3'50 »	Un año. . . .	5'50 »	Un año. . . .	7'00 »

Número suelto, 10 céntimos Número atrasado, 20 céntimos

REDACCION: Rosellón, 80, 1.º, 2.ª, Gracia (donde se dirigirá toda la correspondencia.

ADMINISTRACION: Kiosko EL SOL, de D. P. Gallardo, Rambla del Centro (donde se dirigirán los pedidos)

© Biblioteca Nacional de España